

Apuntes para una reflexión

Liderazgo popular y elecciones municipales

Bruno Gallo y Santiago Martínez*

Un espacio para la democracia, para la crítica y para la solidaridad se está consolidando; hoy podemos decir que las organizaciones populares son un hecho en Venezuela. Débiles tal vez, incoherentes a veces, pero con un camino lleno de retos por delante. Uno de los retos que ha venido tomando fuerza en los últimos años, entre las organizaciones populares, es la reflexión sobre —y el desarrollo de— alternativas para incidir, desde una perspectiva comunitaria, en la política local.

El agotamiento de los partidos políticos como únicos interlocutores entre la comunidad y el municipio, la necesidad de convertir al municipio en auténtico gestor de una política que responda con eficacia a los problemas de las comunidades, la necesidad de levantarse como verdaderos interlocutores de la gestión municipal, son algunos de los aspectos que han llevado a las organizaciones populares a plantearse esta necesidad.

Este reto ante el que nos encontramos las organizaciones populares, nos ha llevado a confrontar una situación que debemos asumir con serenidad pero sin ligerezas: algunos grupos y organizaciones populares han decidido participar en la contienda electoral del 3 de diciembre intentando llevar a reconocidos dirigentes populares a Concejos Municipales y Alcaldías.

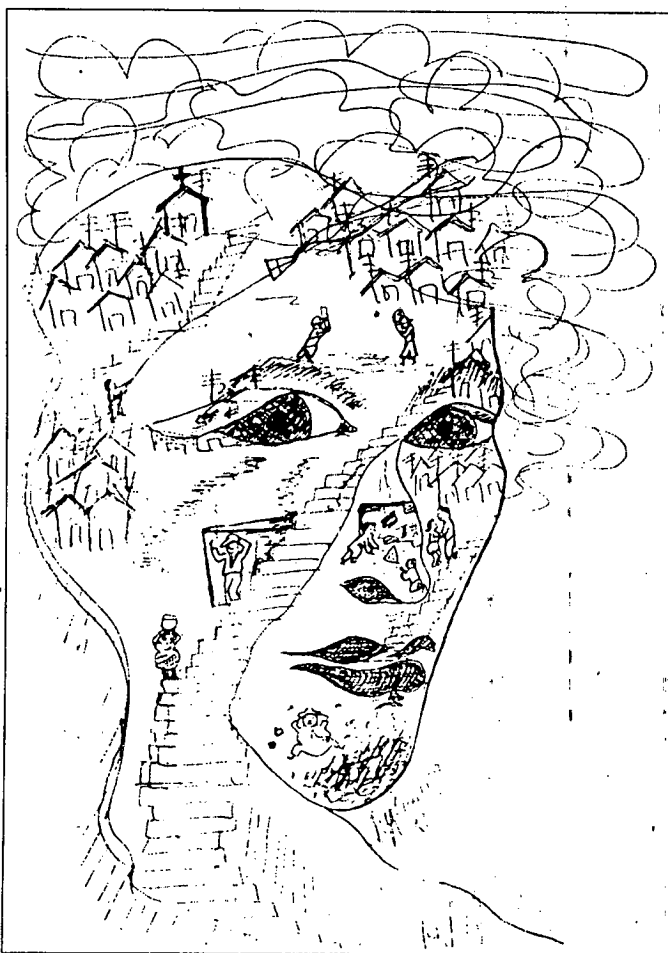
Ante esto, dos actitudes extremas serían absolutamente inútiles para el avance de una fuerza transformadora en el seno del movimiento popular. La

primera: participar, simple y llanamente porque “podemos meter uno o varios concejales”, o incluso, porque “podemos ganar las elecciones”. Una modalidad distinta de esta ligereza sería dejar pasar ese “conflicto” social disfrazado de carnaval (que son las elecciones), pero

“de aquí a diciembre”.

En resumen, y como dijéramos al comienzo, es necesaria una actitud de serenidad sin ligereza sumada a la clara conciencia de que el mundo ni se acaba, ni comienza en Diciembre.

La lógica del movimiento popular va perfilando liderazgos (perfectamente pueden ser colectivos), que las organizaciones, los grupos y —en el mejor de los casos— la comunidad en general reconoce. En la medida en que esos liderazgos son consecuentes con los intereses populares, se fortalecen y robustecen. Entonces ese dirigente popular reconocido por las bases de su movimiento habrá de confrontar una doble realidad. Por una parte el contacto con una estructura de poder burocrática, anquilosada e insuficiente (pero cuyo funcionamiento ha aprendido a conocer) le hará pensar en un movimiento, un grupo de mujeres y hombres, que en definitiva puedan hacerlo mejor y defendiendo los intereses de las mayorías. Esto, incluso puede ser una ficción, pero absolutamente legítima y comprensible. Pero por otra parte, el propio movimiento va exigiendo de quien ha consolidado un liderazgo, asumir la responsabilidad de convertirse en una alternativa de poder; y no parece ser necesario disertar sobre la



imposibilidad del movimiento popular de pensar, hoy, en otra forma de control del poder que no sea por vía electoral. Antes de entrar a plantear las condiciones que consideramos necesarias que se conjugan para decidir la participación electoral nos parece importante dejar abiertas algunas dudas. ¿Qué pasaría de ser electo o electos uno o varios dirigentes populares a cargos de representación?

* Coordinador del Área de Formac. Socio-Política y Coordinador General, respectivamente, de CESAP

Pues, de hecho, no tenemos la práctica suficiente en el ejercicio de funciones de este tipo, y esto tal vez sea una virtud, pero a la vez, una seria limitación. Además, de quedar en minoría, podríamos ser atrapados por la maquinaria burocrática partidista. Y, de ser mayoría, todavía el poder regional y nacional pueden manipular con los recursos financieros. Ante esto una respuesta válida sería apoyarse en la comunidad y sus organizaciones, pero evidentemente esta respuesta resulta muy general y debe ser pensada en términos concretos. Lo que implicaría, plantearse una forma de relación no utilitaria con las comunidades, que coloque en sus manos el poder de fiscalización de la gestión municipal, la posibilidad de participar en el proceso de toma de decisiones y además que facilite la toma de iniciativas autogestionarias para la solución de sus problemas.

Por otra parte, se debe pensar muy seriamente en la posibilidad de que una derrota electoral desestime a las organizaciones populares, o incluso, (y esto ha sucedido) se descalabre el grupo, echando por tierra el esfuerzo de años.

Finalmente, la participación debe partir del análisis de la realidad concreta del municipio. Y con esto queremos dar paso a una reflexión sobre las condiciones que se deben conjugar para decidir la participación electoral.

¿CUANDO PARTICIPAR?

Anteriormente expusimos lo que nos parece condición "sine qua non" para decidir la participación en una contienda que entraña numerosísimos peligros y dificultades.

Es decir, debe conjugarse un liderazgo consolidado y probado en la práctica, con el más amplio consenso en el seno de los sectores populares organizados; casi diríamos que la participación debe ser una exigencia del movimiento popular.

Pero, la que nos parece la condición de mayor peso para decidir la participación en las elecciones municipales es la existencia real de la posibilidades de construir desde el municipio la gran negación (y pensamos en la escuela de Frankfurt) de la lógica de nuestra sociedad.

Explicamos muy brevemente, la sociedad se caracteriza por un sistema político altamente burocratizado, es decir, infuncional e incapaz de involucrar a la gente en el proceso de toma de las decisiones que le afectan. Por otra parte, el modelo de crecimiento que estamos si-

guiendo pone su énfasis en la monumentalidad del desarrollo urbano e industrial (a veces sólo imaginariamente), y ahora ese énfasis viene acompañado con un lenguaje de eficiencia gerencial. Pero, en todo caso, no se piensa ni por asomo en un modelo de desarrollo que ponga el acento en los seres humanos y en una relación armónica entre éstos y la naturaleza.

De ser posible desde el municipio perfilarse como la negación de esta realidad brevemente descrita y, en consecuencia, desarrollar un proyecto que logre involucrar a la gente en el proceso de toma de decisiones y, además, llevar adelante un modelo de desarrollo a escala humana, entonces, con un proyecto que marcha claramente en este sentido, la participación electoral tendrán plena identidad con los intereses de un movimiento popular que aspire a la construcción de una vida justa.

Las posibilidades de que un proyecto de este tipo logre desarrollarse están ligadas a un elemento aparentemente insignificante: el tamaño del municipio. Efectivamente, nos parece que un proyecto como el que dibujamos a grandes trazos, bastante cercano a los sueños y utopías, tendrá más posibilidades de realización en un pequeño municipio como San José de Guaribe en el Estado Guárico, que en los monstruosos municipios metropolitanos de Caracas, Maracaibo o Valencia. Pues es en esos municipios pequeños donde la gente se conoce y está dispuesta a llevar adelante proyectos que hagan uso de formas tecnológicas y culturales alternativas, diametralmente opuestas a los consumismos ciudadanos. Esto nos plantea una dura tarea en

las grandes urbes y la necesidad de exigir municipios cada vez más pequeños donde el poder descansa realmente en manos del pueblo.

Para finalizar, nos parece importante resaltar tres detalles significativos:

En primer lugar, queremos alertar a los dirigentes populares que decidan participar en las planchas de algún partido, pues las posibilidades de que su acción logre desvincularse de la del partido son bastante remotas.

En segundo lugar, es importante que los dirigentes populares abandonen temporalmente sus responsabilidades en el grupo al que pertenecen y que por tanto no aparezcan como los candidatos del grupo. Esto implicará que el dirigente atienda la campaña delegando su responsabilidad dentro del grupo a alguien que sí pueda atenderla. Pero además, deja intacta la autonomía del grupo para reclamar y exigir en caso de que saliera electo quien fuera dirigente popular pero que ahora ha pasado a ser objeto de las exigencias del pueblo. Esto no exime a las organizaciones y grupos populares en la gestión directa del proyecto de desarrollo alternativo al que hicimos referencia; por el contrario, de no participar nunca pasará de ser un bonito proyecto.

Pero en tercer lugar, y sin entrar en contradicciones con lo ya dicho, es necesario que ese dirigente popular, no sea abandonado a su suerte por el grupo al que pertenece, pues eso sería poco más o menos como dejarlo sin su espacio de reflexión y acción habitual; sin referencia para la elaboración y análisis de propuestas y además sin la menor posibilidad de confrontar las maquinarias partidistas.

